



Núm. 17.

20 de Abril de 1861.

Año I.

ESTUDIOS MORALES.

LA DESOBEDIENCIA.

En una hermosa tarde, á la puerta de una casa de campo, estaban jugando tres encantadores niños, de los cuales el primero apenas contaba diez años; eran hermanos y llamábanse Eduardo, Amandina y Enrique. Estaban solos, pues sus padres habían salido, recomendándoles antes con el mayor ahinco no apartarse de en torno de la quinta, y permanecer allí hasta su vuelta.

Los niños bulliciosos y alegres corrían y saltaban con el mas vivo júbilo, cuando Eduardo, que era el mas travieso y vivaracho de todos, interrumpiendo de pronto sus juegos, dijo á sus hermanos:

—Vamos ahora que nadie nos vé al bosque, á coger nidos de golondrinas; nada tenemos

que temer, y antes que papá y mamá vengan estaremos de vuelta.

Este proyecto fué acogido con grande aplauso por Amandina y Enrique, quienes no acordándose ya de la prohibición que sus padres les habían hecho, siguieron á su hermano al bosque gritando y palmoteando de contento.

Se internaron en él; Amandina se bajaba de vez en cuando para coger rosas, é iba formando con ellas un ramillete.

Eduardo puesto en acecho á semejanza de un diestro cazador, miraba escrupulosamente á las copas de los árboles por si divisaba algun nido de golondrina ó de jilguero.

De repente dejó escapar un grito de alegría, y exclamó:

—¡Aquí hay un nido! venid.

Enrique y Amandina que estaban un poco distantes, acudieron prontamente á su llamamiento, y despues de algunos minutos vieron un pájaro salir de entre el espeso follaje, y remontándose en las nubes pronto le perdieron de vista.

—Es la madre, dijo Eduardo, que vá en busca de alimento para sus hijuelos. Voy á aprovechar la ocasion, y á bajar el nido.

E inmediatamente se quitó su calzado y trepó hasta la copa del árbol con admirable agilidad.

Bajó despues con el nido, en el cual habia tres tiernos pajaritos desnudos y sin pluma.

—¡Pobrecitos! dijo la sensible Amandina, ¡qué grande vá á ser el dolor de la madre cuando los eche de menos!

—¡Bah! Ya pondrá nuevos polluelos, contestó Eduardo.

—Ahora yo voy á coger otro, repuso Enrique.

Siguieron adelante, y Enrique á poco rato soltó otra exclamacion de contento.

—Aquí hay uno, dijo señalando á otro árbol.

Subió á él, pero con tan poca fortuna, que antes que pudiese llegar á coger el codiciado nido, una feroz avispa zumbando en torno suyo, le picó cruelmente en una de sus manos, y le hizo arrojar un grito de dolor.

Descendió prontamente, y llorando contó á sus hermanos lo que le habia sucedido.

—No quiero coger mas nidos, dijo, volvamos á casa.

Pero cuando quisieron buscar el camino que habian traido, no atinaron con él, é internándose mas y mas en las intrincadas y tortuosas veredas del bosque, se vieron completamente perdidos.

Entonces el miedo se apoderó de ellos. La noche comenzaba á tender sus pardas sombras, lo que contribuia á hacer mas crítica y angustiosa la situacion de los pobres niños.

—¿Qué vá á ser de nosotros ahora, perdidos en este bosque, y espuestos á la voracidad de la fieras? dijo Amandina sollozando.

—Aguardaremos la venida del dia, contestó Eduardo con animosidad.

—Este es el castigo que recibimos en pago de nuestra desobediencia, repuso Enrique. ¡Pobres padres míos, qué dolor sentirán echándonos de menos!

—Hermano, dijo de súbito Amandina, temblando de terror y estrechándose contra Enri-

que; ¿no oyes á lo lejos un rumor vago parecido al rugido de una fiera?

—¡Cállate, tonta! repuso Eduardo, lo que te asusta es el viento que agita las ramas de los árboles.

Pero á medida que la noche avanzaba y la oscuridad se hacia mas densa, el mas grande terror se apoderaba del ánimo de los tres niños; hasta el mismo Eduardo sentia que le abandonaba todo su valor.

—¡Santa Virgen! exclamó Amandina, si nos sacais de aquí, prometo de hoy en adelante no ser mas desobediente.

Y la Virgen oyó la súplica de la niña, y les envió socorro.

Vieron á lo lejos una luz, que débil al principio avanzaba seguida de otras muchas, las cuáles como fantásticas sombras andaban errando por el bosque en distintas direcciones.

—¡Gran Dios, qué será esto! exclamaron los niños espantados y estrechándose unos contra otros.

Las luces se iban acercando, y ellos mudos y sobrecogidos apenas se atrevian á respirar.

Cuando estuvieron cerca vieron que eran un grupo de hombres, los cuales llevaban teas encendidas en la mano.

—No nos movamos, dijo Eduardo, sin duda son ladrones.

Permanecian silenciosos y temblando como la hoja en el árbol, cuando oyeron estas palabras:

—Ya recorrimos casi todo el bosque y aun no los hemos encontrado.

—Seguid mas adelante, contestó una voz.

Al oír aquel acento, los niños gozosos y rápidos como una flecha corrieron hacia el grupo gritando:—¡Papá, papá.

Y él érá en efecto, que con sus criados hacia dos horas los andaba buscando.

—¡Hijos míos! exclamó su padre enajenado de gozo abrazándoles con efusion, al fin os vuelvo á recobrar; gracias á Dios, ¡qué susto me habeis dado!

Volvió con ellos á casa, y la buena madre, que yacia en la mayor angustia por la desaparicion, los estrechó tiernamente entre sus brazos derramando lágrimas.

—Padre, madre, dijeron despues los niños hincándose de rodillas, perdon; no volveremos á ser desobedientes.

—Estais suficientemente castigados con lo que os acaba de suceder, repuso su padre. Escarmentad, hijos míos, con esta leccion, y no olvideis jamás, que así como el hombre malvado encuentra su competente castigo, así el hombre desobediente que no escucha los buenos consejos y saludables advertencias encaminadas á su propio bien, se espone á correr mil riesgos y peligros de los que pocas ó ninguna vez se salva.

Gregorio LAGO.

EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA.

A mi amigo D. Francisco Gutierrez de la Vega.

Sobre verde relucia
La banda de colorado;
Con oro, con que venia
La celeste Ave-María
Que se ganó en el salado.

GRACIA DEY, Rey de Armas.

I.

La noche tendia su negro manto bordado de plateadas estrellas, sobre las pardas almenas y agudos minaretes de las mezquitas de la soberbia Granada. La atmósfera estaba despejada y fria. Las nevadas cumbres de la *Alpujarra* se destacaban sobre el velo azul del firmamento. El silencio de las horas dedicadas al sueño y al reposo, solo era turbado por el grito de alerta del vigilante centinela, y el compasado andar de los soldados que sin cesar corrian las solitarias calles de la gran ciudad. En lontananza se veian brillar las fogatas del campamento cristiano, y mas cerca los macilentos rayos de la luna reflejaban en los acorados yelmos y en las agudas partesanas de la próxima avanzada enemiga. Los alegres cantares con que el soldado divierte las pesadas horas de la velada de guardia, no resonaban ya. El abatimiento, el pesar y la fatiga esta-

ban pintados en los morenos y marciales rostros de los defensores de la mas bella joya de la España árabe. Vieran en breve tiempo desaparecer una tras otra la firme fortaleza que, cual avanzadas centinelas, circundaban y defendian la opulenta córte de Boabdil. Nada era bastante á resistir la terrible pujanza de los afortunados reyes de Castilla. ¡Tal vez bien pronto los odiados pendones cristianos, ondearán orgullosos en las arrogantes torres de la Alhambra, y Alá y el Gran Profeta, enojados por los pecados de los fieles creyentes, los entregarán á sus aborrecidos enemigos! ¡Tal vez el único trofeo que resta de las gloriosas conquistas del Gran Tarif, doblará bien presto la cerviz al yugo de Fernando!!! Tan tristes presentimientos embargaban el alma de *Arraez* que comandaba los guardianes de la vieja puerta de Elvira, en la noche del 8 de diciembre de 1491, en tanto que sus soldados en torno de una bien alimentada hoguera, abandonaban sus fatigados miembros á merced del sueño. De pronto el trote de un caballo que se acercaba, vino á interrumpir el silencio de los guerreros. Pocos instantes eran pasados cuando se mostró á su vista un arrogante caballero: blanco alquicel encubre su rico traje de brocado; el mas bello rubí sujeta la garzota de su turbante rojo y blanco; la gumia que cuelga de su robusto hombro está enriquecida de pedrería. Cabalga en un brioso corcel árabe del color del ébano, y empuña su fuerte diestra una lanza corta, á la que está atado un liston verde. La vista de los soldados buscaban en su atezado rostro el nombre de tan gallardo caballero. Es Tarfe, el mas celebrado guerrero de la belicosa tribu de los zegríes, el favorito de *Boabdil*, el prometido esposo de la bella Zaida, la mas jóven de las hermanas del monarca granadino. Sin pronunciar una palabra presenta al *Arraez* un pequeño pergamino en que se vé escrito el nombre real. La soberana órden es besada con respeto y obedecida al punto. Las viejas cadenas del ferrado puente rechinan con su peso, y queda franco paso al noble Tarfe. Los primeros albores de la aurora despuntaban apenas, cuando se lanzó á

rienda suelta por la espaciosa y renombrada Vega, en direccion del real cristiano.

II.

Diez meses trascurrieran de un trabajoso sitio, en que los mas porfiados combates y las mas penosas privaciones repetidas sin cesar, dieron cabo á un valor y á una constancia que no fuera la que adornaba á los nobles paladines que seguian los gloriosos pendones de los Reyes Católicos. Sin embargo los mas valientes hablaban ya de la necesidad de alzar el cerco. En efecto, la escasez de vituallas, el rigor de la estacion en lomas avanzado del invierno, las enfermedades contagiosas que empezaban á asolar los reales, eran otras tantas

causas que inclinaban ya el ánimo del valiente monarca de Castilla y Aragon, á adoptar aquella resolucion imperiosamente aconsejada por la prudencia. Solo Isabel, la magnánima, la esforzada, la mas grande de las reinas, no escuchaba ni queria atender á estos rumores; invariable en su grandiosa idea de arrancar para siempre las banderas agarenas de la noble España. Ilustrada de continuo por los consejos de su sábio director el gran cardenal Cisneros,

aquel célebre prelado que empuñaba con igual acierto el báculo episcopal, la espada de caballero, ó el baston de general, se encargára de dirigir por sí misma las dificiles operaciones de aquel famoso cerco. Un acontecimiento inesperado vino á complicar mas la penosa situacion del ejército sitiador y á dar al mundo una nue-

va muestra de la grandeza de alma de la heroica Isabel. Un voráz incendio redujo en pocos instantes á pavesas el inmenso real castellano. Tan osada empresa fué concebida y ejecutada por el fiero Tarfe, el mas celebrado de los guerreros de Boabdil. La animosa reina en vez de abatirse con este nuevo revés, quiso dejar á los siglos venideros una memoria indeleble de su sublime genio, haciendo edificar en el sitio que ocupaba el cam-



El triunfo del Ave-Maria.

pamento, una ciudad formada de sólidas casas de piedra en vez de endebles tiendas de lienzo, para quitar á los infieles toda esperanza de que llegase á cejar en su grande y generoso empeño. La nueva ciudad fué nombrada *Santa Fé*, y construyóse en forma de cruz, con cuatro puertas que daban entrada á otros tantos cuarteles en que estaba dividida; y cada uno de los que, fuera costeado por un rico home de Castilla. En tanto que se edificaban los fuertes muros de pie-

dra que debían rodear y defender á Santa Fé, levantárase provisionalmente una muralla de madera cubierta de lienzos encerados, que la figuraban almenada y torreada. Grandes privilegios fueron concedidos á la naciente ciudad, y los reyes que la creáran animaban con su augusta presencia los trabajos. De repente el zumbido de una arma arrojadiza se dejó oír en direccion de la morada real, y vióse clavada y retumbando en ella una lanza que llevaba atado un lazo verde, flotante á merced del viento. Volviéronse todos los ojos buscando al atrevido guerrero que fuera capaz de tanto arrojo, y vióse ya lejos un caballero moro, que á toda brida tornaba á Granada. La cinta que pendía de la lanza de Tarfe era una prenda de amor que su bella Zaida le donára, y quiso dejarla clavada en la tienda de la Reina cristiana para ostentar su valor y gallardía. Gran número de los mas nombrados caballeros toman arrebatadamente sus bridones, disputándose la primacía en castigar al moro. Hernando del Pulgar el valiente, el de las hazañas, es el primero que persigue al fugitivo; mas ya era tarde, pues las ferradas hojas de la puerta de Elvira cerráranse en pos de Tarfe; y los nobles guerreros de Castilla volvieron pesarosos de no poder lavar con la sangre del infiel el insulto hecho á su reina querida. Pulgar tendió la mano en la cruz de su siempre vencedora espada, y algunas palabras pronunciadas en voz baja, dejaban presumir un grande propósito..... era en efecto un juramento terrible que fué repetido con ardoroso entusiasmo por algunos caballeros que estaban á su alrededor.

II.

Era una noche de horror y oscuridad. La tempestad era de las mas violentas. El terrible estampido del trueno resonaba continuo, y la espantosa luz del relámpago mostraba por un instante los arabescos edificios que adornaban á Granada. Las altas torres retumbaban en sus cimientos: un centinela envuelto en grosero jaique y cobijado en su garita que guardaba la entrada de la *Alcaicería*, vió acercarse lenta-

mente á la puerta de la gran mezquita allí cercana, cinco altas fantasmas que vestían la brillante armadura de los caballeros cristianos, y llevaban en sus manos resinosas antorchas que el viento y la lluvia no podían apagar. Dirigió mentalmente el asombrado moro sus plegarias á *Azrael*, el ángel que lleva las almas de los buenos musulmanes á gozar del Paraíso prometido por el Profeta, creyendo llegada su última hora; el estupor y el pasmo le impedían dar un grito. Los que parecían guerreros de Castilla, éranlo en efecto, y la historia nos ha conservado sus nombres, así como la memoria de su portentosa hazaña. Pulgar, Montemayor, Bednar, Aguilera, Baena, y un moro recién convertido á la fé de Cristo, ahijado de Pulgar, que servía de guía á los valientes aventureros en la temeraria empresa de penetrar solos en Granada. Otros nueve caballeros que quisieran en ella tomar parte, fueron obligados por Pulgar á quedar á retaguardia, guardando la espalda. ¿Cuál es el intento de tan bravos paladines? Bien pronto nos será manifiesto. El denodado Hernando hace brillar el acero de su daga, y clava con ella en la fortísima puerta de la mezquita un pergamino que llevaba prevenido, en que se veía escrito sobre campo azul con letras de oro las palabras *Ave María gratia plena*. Arrodiáronse los guerreros, y repitieron las misteriosas palabras dirigidas á la Virgen por el Angel Gabriel. Hernando con robusta voz dijo: *En nombre de los poderosos Reyes de Castilla y Aragon, mis Señores, tomo posesion de esta mezquita, para que purificada de las inmundicias de estos canes, sea dedicada á nuestra Señora la Virgen*. Alzóse con presteza, y dirigiéndose á las mas inmediatas casas de la Alcaicería, aplicáronlas sus antorchas. La tempestad cedía pausadamente y el día se acercaba por instantes. El siniestro resplandor del incendio que comenzaba á apoderarse de los antiguos edificios, difundió la alarma en sus sorprendidos habitantes: mil y mil moros acudieron repentinamente y cercaron por todas partes á los temerarios caballeros de Castilla; cruzáronse los corvos alfanjes moriscos con las largas es-

padas toledanas, y su choque violento despiden ráfagas de fuego. Los cinco caballeros fueron retirando lentamente, si bien después de hacer morder el polvo á cien contrarios, que llenos de espanto podían comprender apenas tanto valor, tanta bravura.

(Se continuará).

Nicolás Castor de CAUNEDO.

EPISODIOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

ARAGON.

El reino de Aragón, tan célebre en la historia por sus antiguas leyes, franquicias y libertades, por la excelencia de su gobierno, por el valor y conquistas de sus reyes, tiene las dos Castillas, Nueva y Vieja al O.; Valencia al E., y los Pirineos al N. Su figura es irregular, y el Ebro la divide en dos mitades casi iguales.

Aunque la producción y fertilidad de Aragón varía según la diferente situación de sus distritos, produce en general cuanto el hombre puede apetecer.

Hay muchas ciudades que recuerdan memorias curiosas é interesantes.

Teruel, célebre por su acueducto y por el suceso trágico de sus amantes, cuyos esqueletos se conservan en la parroquia de San Pedro. Cerca de Teruel se halla un pueblo llamado Concud, en cuyas inmediaciones debajo de una dilatada capa de piedra de 15 pies de espesor, y cuya formación es sin duda obra de muchos siglos, se han hallado una gran cantidad de huesos humanos y de animales petrificados.

Calatayud, en cuyas inmediaciones existen las ruinas de Bilbilis, patria del poeta Marcial.

Zaragoza, capital del reino, situada en medio de un bosque de olivos, y en donde el Ebro recibe sus aguas del Gállego y del Guerva. La fertilidad de sus términos es tanta, que San Isidro hace 1,200 años la llamó ya: *Oppi-*

dum loci amœnitatē et delitiis præstantius civitatibus Hispaniæ cunctis.

Su fundación es tan antigua, que se pierde su fecha en los tiempos más remotos.

Adórnala hermosos edificios: entre ellos merece una particular detención las iglesias del Pilar y de la Seo, la Universidad, etc.

Zaragoza es célebre por los dos famosos sitios sostenidos contra los franceses en 1808 y 1809, los cuales entraron en ella después de una horrorosa pérdida, cual jamás esperimentaron ni aun delante de las plazas fuertes y de primer orden, á pesar de no tener Zaragoza otras murallas que los pechos de sus ilustres defensores.

Acerca de la historia de Aragón, se sabe que por los años 756, Ximén Aznar, que algunos suponen era duque de Aquitania, conquistó de los moros algunos pueblos de la ribera del río, *Arga* ó *Aragón*, y se tituló el primer conde de *Aragón*, con aprobación de D. García Iñiguez I, rey de Navarra y Sobarbe.

Después una hija única del conde Fortun Ximénez, llamada Urraca, casó con D. García Iñiguez II, con lo cual se unieron Aragón y Navarra, permaneciendo así más de 160 años, hasta que en el año 1034 el rey D. Sancho el Mayor repartió sus Estados entre sus hijos, dando el Aragón á su hijo Ramiro, con el título de rey. La sucesión de este siguió hasta el año 1137, en que D. Ramon Berenguer, conde de Barcelona, reunió á Cataluña con este reino, casando con Doña Petronila, hija de don Ramiro II rey de Aragón, cuyos reyes tomaron entonces por escudo las barras encarnadas de Barcelona.

Ultimamente en 1479, D. Fernando el Católico, por el matrimonio que contrajo con Doña Isabel, reina propietaria de Castilla y León, reunió á estos reinos al de Aragón y los de Navarra y Granada que conquistó.

Algunos suponen que el reino de Aragón existía ya en tiempo de los godos, y que Alarico se tituló rey de Aragón.

Acerca de su etimología hay mucha diversidad de opiniones, y todas dudosas: unos creen que este nombre se derivó de Tarragona; otros de

los *autrigones*, antiguos habitantes de España; algunos de un *altar ó ara* de Hércules, y de los juegos ó combates *agonales* que se hacían en su honor: otros del vascuence, etc.

QUINTO SERTORIO.

I.

Abundan en la historia de nuestra patria hechos y héroes cuya grandeza toca en lo maravilloso, páginas elocuentes de sufrimiento, de valor y de constancia que ninguna otra nación puede presentar con mas brillantez y orgullo; desde los tiempos mas remotos hasta nuestros días, vemos confundidas las hazañas del heroísmo, ora aparezcan vencedores los españoles en mil combates, ora sucumban sacrificando su existencia antes de ser dominados por tiránicos y extraños poderes. La aversion, el enconado odio y la tenaz resistencia á humillarse ante conquistadores desalentados por grande que sea su autoridad, por gigantescas que sean las victorias y los triunfos que cuenten, son insuficientes para hacer fácil la sumision de los hijos de este pueblo, cuyo carácter indomable no se abate y humilla por la fuerza, antes cede con la influencia de otras cualidades que subyuguen sus corazones y ganen sus voluntades.

Prueba de este aserto entre innumerables ejemplos que pudiéramos citar, nos ofrece el héroe con cuyo nombre encabezamos este artículo, que sin ser español de origen lleváronle sus inclinaciones y eminentes cualidades á ser considerado como hijo de este suelo, puesto que en el alma y corazón de Quinto Sertorio sobresalian dotes que enaltecen su figura hasta el punto de colocarle al lado de Viriato, cuyas huellas y conducta observó con resultados idénticos en los combates; con grande acierto y sabia política en los diversos ramos de la cultura y civilización españolas, cuyos restos conservan con indelebles caracteres las crónicas de nuestro país.

Quinto Sertorio además de haber sido gran guerrero, experimentado y prudente general, dió pruebas de entendido celo é ilustración organizando la magistratura, la enseñanza, aclimatando y adoptando á España la civilización de la Roma de aquellos tiempos, que ya brillaba como refulgente antorcha de poder y ciencia.

Muy joven todavía tuvo la fortuna de conocer á España y estudiar el carácter, las tendencias, las inclinaciones y demás cualidades, con los defectos inherentes, á los hijos de este suelo tan codiciado entonces por las riquezas que encerraba, y el cebo seguro que proporcionaba á los que lograban conquistarle. Durante la empeñada contienda, cuyo término escita aun en el día la admiración del mundo, contienda en que una sola ciudad española se sacrificó antes de rendirse; se inmoló en aras de la fe y de la lealtad con que sus heroicos defensores guardaban la alianza de sus amigos; en la guerra, en fin, apagada con las llamas que consumieron el último pecho y el último baluarte de Numancia, aprendió Sertorio á apreciar con el valor de los numantinos, el que atesoraban los demás españoles; y dotado del instinto con que la naturaleza favorece á las almas privilegiadas, comprendió bien pronto de lo que serian capaces hombres que á tan alto punto sabian elevar la constancia y el sufrimiento. Andando el tiempo, aprovechóse de aquellas inspiraciones, y ayudado de su genio y de su actividad pudo llegar á dirigir graves retos á aquella República, cuya existencia se vió en peligro y cuyas huestes fueron impotentes muchas veces para detener las atrevidas empresas del proscrito de Sila. El poder de Roma, que tanto terror infundía en Occidente; el renombre merecido de sus cónsules y generales, no fueron bastantes para atajar los triunfos con que en España amenazó á los dominadores de cien pueblos un hombre, romano tambien, pero al cual habian hecho su mas implacable enemigo los odios y persecuciones de sus conciudadanos. No obstante, grande de alma y de corazón, conservó siempre en su pecho el cariño á la madre patria, y encaminó

sus esfuerzos, al paso que á destruir á sus contrarios, á recobrar el perdido hogar, en donde aun existia la que le habia dado el sér, cuyo amor no pudo olvidar jamás, á pesar de la distancia y de los sucesos que le habian elevado al rango de guerrero ilustre.

II.

Luchaban con encarnizado afan los romanos, cuya ambicion no conocia límites por ser

los dominadores del mundo, y sus conquistas afortunadas llegaron á proporcionarles la satisfaccion de sus grandes deseos, sin embargo de que no empleaban siempre su poderio y su fuerza en aumentar los dominios del pueblo rey, sino que, divididos por intestinas contiendas, derramaban á torrentes su sangre para obtener el ejercicio de la potestad suprema de la República ó del imperio, y mas de una vez los risueños campos de Italia fueron testigos de combates fratricidas en que se debatia sola-



Entrevista de Pompeyo y Sertorio.

mente el ejercicio del poder mas alto del Estado. La República romana, en la época á que nos referimos, abrigaba en su seno dos partidos que sin tregua ni descanso se procuraban recíprocamente su aniquilamiento, á fin de que el victorioso dominara por completo y dispusiera á su antojo de los destinos de aquella.

Mario y Sila capitaneaban las dos fracciones, y de sus incompatibles deseos surgió la guerra civil, cuyos desastres causaron innumerables desgracias. España, entonces dominada en gran parte por los romanos, se mantenía extraña á la sangrienta lucha que teñía el florido suelo de Italia, y acogia á los venci-

dos, que buscaban ansioso refugio en este hospitalario pueblo.

El desenlace de aquella guerra fué favorable á Sila, habiendo sucumbido Mario y sus parciales, ya en los combates y en el destierro, ya al furor de los vencedores, cuya sed de venganza hizo que se formaran listas de proscripción que la historia conserva con caracteres de sangre, y terrible calificación le valieron á su autor Sila.

Sertorio, afiliado y ardiente partidario de Mario, siguió la varia fortuna que tan fatal fué para este patricio, á quien sobrevivió, y cuya suerte, despues del vencimiento del bando con-

trario, debía causarle fundados y peligrosos recelos. El nombre de Sertorio figuraba en la lista de proscripción, y esto solo equivalía á una sentencia de muerte inevitable donde quiera que los partidarios de Sila le cogieran. Amenazado, pues, de tal peligro, halló un medio, no solo de evitarle, sino de dar rienda suelta á la venganza que en su pecho guardaba contra sus enemigos.

Habia guerreado Sertorio, en calidad de tribuno de una legion, en el ejército romano del cónsul Didio, y cúpole entonces la fortuna de hallar simpatías, de connaturalizarse con el pueblo, del cual habia de valerse para llevar á cabo la empresa atrevida de desafiar á la potencia del mundo y adquirir la gloria de vencer á cuatro de sus mas famosos generales.

(Se continuará.)

Celestino VIDAL.

CUENTOS AZULES.

II.

El rey de los gigantes.

I.

Quien era Tonto III, y cómo se enamoró de un pavo.

—¿No habeis oido nunca el cuento del rey de los gigantes?

—¿No?

—Pues yo os lo voy á contar.

Habeis de saber, que en una isla situada en el mar, que se estiende entre la Europa y la América, reinaba un rey, llamado Tonto III, que era hijo de Tonto II, que lo era de Tonto I de capirote. Era una familia de Tontos seguramente. Tonto III, era el hombre que inventó andar desnudo con las manos metidas en los bolsillos, y el primero que ideó cantar un duo entre tres, abrir la boca cerrando los labios y soplar abriéndolos.

Los hechos de Tonto III, son célebres en la isla donde reinó.

Se cuenta que una vez apostó á que traía agua en un cestillo, y ganó la apuesta trayéndola helada.

Otra vez prometió que llenaría un cántaro hasta la boca de algo que le haría pesar menos que cuando estaba vacío.

Y lo llenó de agujeros.

En otra ocasion á un hombre que la echaba de observador, le preguntó que si notaba diferencia de talla entre dos hermanos de igual altura que le presentó.

Y era que habia puesto una aguja debajo de uno de ellos.

En fin, si fuéramos á referir los hechos y hazañas de Tonto III seria cosa de nunca acabar.

Tonto III era un gigante y reinaba sobre gigantes, porque nuestra historia pasaba en el tiempo que los gigantes poblaban la tierra, y fué el caso que estando un dia en su jardin, se dijo:

—¡Canásto, yo soy todo un buen mozo, y debia ya estar casado con una buena chica! ¡demonstre, pero eso de casarse es muy grave y muy sério!

Esto dicho, bostezó y pasado el bostezo, continuó.

La Maltrupis es bonita, pero es muy golosa; la Pergoleta tiene buen corazon, pero es fea; la Calacatrunca es guapa, pero no tiene fé, la Abejorreja es muy chismosa. Resultado, que ni la Sta. Maltrupis, ni la Sta. Pergoleta, ni la Sta. Calacatrunca, ni la Sta. Abejorreja me convienen.—¿Cuál, pues, me convendrá?

Una ave de vistosas plumas y en cuyas plumas brillaban mas de 1,000 ojos, le llamó la atencion cortando el hilo de su discurso.

—Que bonita ave, dijo Tonto III, hijo de Tonto II y nieto de Tonto de capirote; si encontrara una mujer así me casaba con ella.

El ave, que era un pavito real, empezó á graznar.

¿Qué dirá, qué no dirá, se preguntó el rey apesadumbrado.

Como no lo podia adivinar se retiró del jar-

din y soñó toda aquella noche con el pavito.

A la mañana siguiente fué al jardín acompañado de un sábio en la lengua de los pájaros, y al oír al pavito real le preguntó al maestro qué decía.

Alteza, le llamaban así á Tonto III porque era muy alto.—Alteza, no dice nada.

—¿Cómo que no, maestro Chupachiripas?

—Dale, digo que nó.

—Toma, ¿por qué?

—Por la sencilla razon que el pavo no ha abierto el pico.

—¡Ah! ya caigo—es Vd. un tonto.

—Me honra S. A., dándome el nombre de su familia.

—Calla, Chupachiripas, que ahora sí que canta el pavo.

—¡En efecto, y qué mal lo hace!

—¿Qué dice?

—Aguarde un poco S. A.

Tonto III, esperó con ansiedad.

—Dice unas palabras muy raras, hablando en una lengua desconocida para mí.

—¿Esas tenemos? Te he de hacer cortar la cabeza sino me dices inmediatamente lo que canta esa ave.

El sábio que se vió apremiado, se enjugó la frente con un pañuelo, y dijo:

—Ya se lo que dice—¡Canario, me duele la cabeza!—Dice, dice esto:

Hija de rey nací

Hija de reina soy.

—Hombre, hombre, qué bonito cantar: ¿con que eso dice mi avecilla?

—Vaya si lo dice, ni mas ni menos.

—Pues mira, cógemela.

—Sí, échala un galgo; apenas lo ha olido se fué.

—Hasta mañana, ídolo de mi corazón, dijo Tonto III arrojando un descomunal suspiro; ven mañana, Chupachiripas.

—Está muy bien, S. A. me encontrará mañana en el jardín—¡Canásto! ¿se me habrá pasado ya mi jaqueca?

II.

Cómo Chupachiripas se enfadó con su suegra la Señora Truchatronchos.

Chupachiripas se fué á su casa un poco disgustado; al entrar en ella su suegra le salió al encuentro y le preguntó que si volvía con las manos vacías.

—A no ser un pavo, nada traigo en ellas.

—¿Cómo, bergante, bribon, cómo me contestas?

—¡Con la lengua!

—Por vida de Bacobalillo, esto es insoponible, y tú me la has de pagar.

—Y yo os he de pegar, y quedamos pagados.

—Un demontre será.

—Señora suegra, que no soy un santo.

—Señor yerno, que yo soy una mujer.

El pobre Chupachiripas se acurrucó en un rincón al oír á su suegra que era una mujer.

—Ven aquí, intrigante, ven aquí, dijo Truchatronchos sacando al sábio de su rincón por una oreja: ¿qué has hecho hoy?

—Señora, poquita cosa, servir á S. A. con mi saber.

—Valiente cosa vale tu saber, cuando mas valen mis puños.

—¡Oh! dijo el infeliz abriendo la boca.

—¡Ah! respondió la suegra haciéndosela cerrar de un cachete.

—¿Qué buscas por el suelo, qué has perdido?

—Mis muelas, buena mujer, mis pobres muelas.

—¿Y á ti que te importa que las hayas perdido?

—¿Cómo? preguntó Chupachiripas con asombro.

—Nada te importa te digo, y respóndeme pronto.

—Permitidme, toda esencia tiene un atributo, todo atributo tiene su fin, y como el hombre es una esencia, tiene el atributo muelas con el fin de masti.....

—Mira que vas á perder las que aun te quedan.

Chupachiripas cerró la boca herméticamente.

—Respóndeme, continuó la señora suegra, ¿dónde guardas el dinero que hoy te ha dado el rey?

—Todo lo que es inegable no admite negación, todo lo que es cuestionable no se puede afirmar; es decir, que el príncipe *no* me ha dado nada, luego no se puede decir que tengo algo.

—De bribon tienes mucho.

—Bien pudiera ser mas, ¡ojalá tuviera las larguezas del rey.

—Pues dime: ¿para qué te llamó entonces Tonto III?

—Os he dicho que para ocupar mis vastos talentos.

Ya, pero cuál de tus talentos ha empleado.

—Suegra y señora, esa pregunta está en su lugar, y es muy digna de vos y muy honrosa para mí. Ahora os diré que el rey no se ha ocupado de ver á mi Sr. Juan de las Viñas, hacer sus habilidades, ni ver ha querido á nuestro perro saltar por la cuerda floja, ni ha sido necesario mi ciencia para curarle de afrentosos sabañones, ni de perversos callos; tampoco fué menester usar mi magnífica pomada para curar calvos ó hacer calvos á los que no lo son, ni menos empleamos nuestro saber en echar las cartas ó en entablillar costillas.

—Acabarás parlanchin.

—Tampoco señora usamos la ciencia que poseemos para librar de inmundos insectos la pulcras habitaciones de una casa, ni nuestro talento para adivinar el porvenir por el aleteo de una mosca, ni nuestra inteligencia para comprender el idioma ó llámese language de los animales cuadrúpedos, ó la gerga alegre de los mosquitos.

—Pero, dijo la Señora Truchatronchos.

—Pero si empleamos nuestra gran sabiduría, en comprender el armonioso y arrullador canto de las cánoras aves que.....

—¡Parlanchin igual no se le ha visto!

—Sí, continuó el yerno de su suegra, he

descifrado el canto estridente de un pavo.....

—¡De un pavo! ¡Cielos! ¿un pavo, qué tiene que ver con S. A.

—Es que S. A. está furiosamente enamorado de un pavo.

—¿De un pavo?

—¡Real!

—¿Con que realmente está enamorado? ¡no es posible!

—No he dicho eso, está enamorado de un pavo real.

Ya lo supongo que no será una ave de mentira.

—¡Ignorante, no sabe *Historia natural*!

—¿Qué es historia natural? preguntó Truchatronchos.

—Historia natural es, la historia de los animales.

—¡Vaya con el saber! ¿con que *La Historia natural* es la historia de los animales? ¡vaya con la naturaleza de la tal historia!

—Y como el hombre es un animal, abre la historia de ese libro, vuestra biografía de.....

—Chupachiripas, que te vas á chupar los dedos.

—¿Y mi biografía? permitidme acabar, señora suegra.

—¿Y qué dijiste al rey?

—Lo que el pavo real decia.

—¿Y qué decia el pavo?

—Decia primero, que vos sois la mas mala mujer que Dios criara, y que pronto se librará la tierra de tal abrojo.

—¡Ah! puesto que lo quieres, toma, toma y toma.

—Ay, ay, ay, gritó el infeliz Chupachiripas aporreado por su suegra: si yo no he sido, ha sido el pavo.

—Bribon, cómo se entiende, yo te haré ver quién soy yo.

—Ya os conozco, señora, basta de visita.

—Ahora que estoy ya mas tranquila, continúa, continúa tu cuento.

—Es que ahora yo no lo estoy—ved lo que son las cosas—mas ¡ah que idea se me ocurre! se dijo para sí el buen Chupachiripas, y dijo despues alto. Ya os contaré lo que pasó.

El sábio contó lo que le habia pasado con el rey, y esplanó su famosa idea á la terrible mujer.

—¿Qué tal os parece, señora y suegra mia, mi idea?

—Ya te se conoce que eres hombre de estudios, picarillos! ¡bien me parece! muy bien! y como los pongas en práctica te prometo lo que quieras.

—¡Hum..... os cojo la palabra.

—Ya la tienes..... con que adios queridito mio, y cuidado con haberme hecho consentir en vano.

Si como es aun bella esta mujer, fuera buena, mucho valia aun; se dijo el sábio despidiéndose de Truchatronchos para ir á reunirse con su mujer Balamita.

(Se continuará.)

Francisco de ESPINOLA.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

—El trabajo es el comun deber de todos los hombres y el apoyo de la sociedad.

—La obstinacion en sostener la opinion propia, es la fuerza de los débiles.

—No hay hombre sin cruz ni cruz sin espinas.

—Muchas son las faltas que no tienen remedio, pero no hay una sola que no tenga su espiacion.

—No elogies á una jóven por sus gracias exteriores, desgraciada de la que se engrie: elogiad sus buenas acciones.

—Delibera lentamente y obra con prontitud.

—La firmeza fundada sobre principios, sobre la verdad y el derecho, el órden y la ley, el deber y la generosidad, es la obstinacion de los sábios.

(Lavaret.)

LA FLOR Y LA FUENTE.

HITORIAS DEL CORAZON.

A la flor dijo la fuente:

—¡Cuánto envidio tu color!

Y le contestó la flor;

—Cuánto envidio tu corriente!

—Gozas calma bendecida.

—Tú caminas por la tierra.

—En tí perfume se encierra.

—Tus aguas llevan la vida.

—Al cielo tu aroma sube.

—La fecundidad derramas.

—Tú los aires embalsamas.

—Tú vas á formar la nube.

—La aurora en tu seno deja
Sus lágrimas peregrinas.

—En tus aguas cristalinas
La luz del sol se refleja.

—Soy pobre flor perfumada.

—Sin gozo sigo mi rumbo.

—Yo aquí en la nada sucumbo.

—Yo voy corriendo á la nada.

—¿Por qué envidiar, si á la aurora
Terminará nuestra vida?

—¿Por qué ambicion desmedida
El corazon nos devora?

—Fuente, sigamos las dos
Sin maldecir el destino,
Felices por el camino
Que nos ha marcado Dios.

Rafael BLASCO.

LOS NORMANDOS.

El pais conocido en el dia con el nombre de

Normandia, se llamaba en otro tiempo Neustralia, y las gentes venidas del Norte fueron quienes la denominaron como nosotros, porque normando quiere decir en inglés Nor-man, hombre del Norte.

Estos hombres, de los cuales la mayor parte eran daneses, ó que habitaban las cercanías de este reino, conociendo que para su país eran sobradamente muchos, el cual además era excesivamente frío, resolvieron salir á buscar fortuna.

Embarcáronse y fueron á todos los reinos vecinos, donde hicieron destrozos espantosos, matando los hombres, cautivando las mujeres y los ganados, quemando los árboles y asolando la tierra. Después que habían arruinado un país, pedían una gran cantidad de dinero por retirarse de él; y cuando volvían á su tierra, como iban cargados de riquezas, ponían en codicia á sus compatriotas para salir á enriquecerse por el mismo estilo.

La Francia y la Inglaterra tuvieron que sufrir mucho de los normandos, y últimamente redujeron á la primera, sitiando la ciudad de París. En fin, uno de sus jefes, llamado Rollo, que se había hecho cristiano, pidió al rey de Francia la Neustria, que estaba absolutamente arruinada y casi desierta, prometiendo al rey que si le hacía duque de aquel país impediría á sus compañeros que volviesen á Francia, porque entraban ordinariamente en ella por el río Sena, que tiene su embocadura en la Neustria.

Fué necesario concederle su demanda, y prometió prestar homenaje al rey de este ducado; esto es, reconocer públicamente que lo había recibido del rey, y que cada vez que hubiese nuevo duque en Normandia, debía renovarse.

De esta forma se establecieron en la Neustria estas gentes del Norte, y mudaron el nombre de esta provincia en el de Normandia,

porque á ellos mismos se les llamaba normandos.

Habiendo muerto sin hijos un rey de Inglaterra, nombró por su heredero á Guillermo, duque de Normandia, á quien llamaban el Bastardo, y después el Conquistador.

Como había en Inglaterra muchos príncipes parientes del último rey, no se apresuró Guillermo á ir á tomar posesión de ella: dejó que

estos príncipes se hicieran los unos á los otros la guerra; y cuando supo que estaban bien aniquilados, pasó á Inglaterra con un numeroso ejército, y se hizo dueño del reino. Por esta circunstancia la Normandia llegó á ser una provincia inglesa, y los reyes de Inglaterra súbditos de los reyes de Francia; pero de aquellos vasallos que son tanto ó mas poderosos que sus señores, y que le dieron mucho que hacer.

Cuando los reyes de Inglaterra ejecutaban alguna cosa contraria á lo que habían prometido á los reyes de Francia, el rey tenía derecho á hacerles comparecer ante los pares de Francia, para ser juzgados por ellos, y en caso de escusarse á ejecutarlo, podía apoderarse de las tier-



Homenaje de Francia al duque de Normandia.

ras que ellos tenían en Francia; y por esto fué por lo que perdieron los ingleses la Normandía, y volvió á la Francia en el reinado del rey de Inglaterra, Juan Sin-tierra.

E. P.

MARGARITA LA JARDINERA.

El jardín del valenciano estaba convertido en un campo de flores: los perfumes de sus corolas se extendían por el espacio y llenaban la atmósfera de un dulce y grato ambiente. Margarita recorría el jardín sin saber donde fijar su vista, pues todas las flores en sazón y ricas de color la atraían con secreto poder.

Autorizada por Francisco para que se formase un ramillete, no halló una siquiera indigna de aquel, y reunió en la mano, casando los colores con gusto sumo, las flores con que se engalana abril; pero prudente y bien educada, no cogió más que una flor de cada especie, por no abusar de la generosidad del pobre jardinero.

Dispuesto el ramo que tanta alegría le daba, buscó con la vista á Francisco para darle gracias; pero este estaba en el invernadero y á él se fué corriendo la buena Margarita.

El valenciano estaba trasplantando las flores del invernadero en macetas proporcionadas á su magnitud, y traspasando también algunas plantas de un tiesto á otro.

—¿Qué está Vd. haciendo con tanto ahínco?

—Trasplanto las flores para esponerlas al aire que la naturaleza por sí sola las dará más vida que mis asíduos cuidados: en abril se dejan las plantas abandonadas á sí mismas, regándolas cuando conviene, que si las tuviésemos encerradas entre cristales como en invierno, ¡adios flores! no las veríamos.

—¿Pero cómo es que pasa Vd. las plantas de los tiestos pequeños á otros más grandes? Á mí me gusta ver una planta grande en tiesto chiquito. ¡Cómo le cubre!

—Agrada á la vista, no hay duda, pero no medrarians las plantas por falta de ju-

go y cavidad para contener las raíces, y por consiguiente no echarían flores. El jardinero debe tener por especial cuidado que toda planta dé el mayor número de flores posible, así como el hortelano que medre la parte ervácea; bien que nosotros procuramos conciliar los dos extremos para que satisfagan ambas á la vista.

—Es decir, que en este mes conviene trasplantar todas las flores?

—Te diré, se trasplantan las que están en tiestos pequeños, las flores de los invernaderos y las de los plantíos ó viveros. En abril, en el mes de las flores, se pueden trasplantar estas sin cuidado de perjudicarlas.

—¿Y se pueden propagar también, señor Francisco?

—Sin temor, y con completa seguridad de que se desarrollarán con fuerza.

—¡Oh qué gusto! exclamó Margarita; en cuanto llegue á casa voy á convertir en vivero un cajón que tengo lleno de tierra vegetal, para hacer provision de flores.

—¡Es decir que me quieres arruinar! dijo Francisco sonriendo. ¿No soy bastante pobre, que aun me quieres hacer competencia?

—De ningún modo, exclamó la niña, mi plantación no le perjudicará lo más mínimo, que yo solo la hago para mi gusto y afición á las flores. Además, ¿no me dá Vd. flores todos los días sin quererme cobrar un maravedí por ellas?

—Vamos, veo que eres agradecida, y seguro que no me perjudicarás, y que por el contrario me aprecias; voy á indicarte el modo de obtener flores en su tiempo, por medio de un procedimiento sencillo y natural.

Se remueve la tierra, como está ese cuadro que tienes delante, dispuesto para sembrarle mañana, y se esparce con cuidado la semilla que se ha recogido para la reproducción. La semilla que se destina á este fin se deja sazonar en la flor, y como tú comprenderás, las flores que se reservan para este fin se marchitan y mueren en la planta.

Al sembrar la semilla se procura que no se aglomeren muchos granos, y que estén aproximadamente á igual distancia: extendida la se-

milla sobre la tierra, se cubren ligeramente con una capa de esta, y se abandonan á la naturaleza.

—Está muy bien, ya me he hecho cargo: voy á hacer un gran plantel.

—Yo te daré semillas de las mías. Ven mañana por ellas y verás cómo se siembran.

—Mil gracias, Sr. Francisco: no faltaré. ¡Cómo la estoy agradecida!

—Pues hasta mañana, que tengo que salir

—Saldremos juntos. ¡Mamá, mamá! que se marcha el jardinero!.... Vámonos.

—Pueden Vds. quedarse, están en su jardín.

—Oh no; tenemos que ir á ver un enfermo.

—Es obra de misericordia que no se debe olvidar.

Entonces hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y madre é hija se fueron á ver al enfermo.

Faustino BASTÚS.

EL TOQUE DE ORACION.

¡Cuán dulce soledad! ya en Occidente
El sol oculta su aspirante lumbre,
Que aun acaricia y dora vagamente
De las peladas rocas la alta cumbre.

La noche al mundo con sus sombras viste,
Entre el ramaje el ruiseñor gorjea
Y con desmayo el sauce bello y triste
Sus penachos espléndidos cimbrea.

Jebe empieza á verter entre vapores
De blanca luz sus nitidos destellos,
Y aduérmense en el cáliz de las flores
Almas errantes de los sílfos bellos.

Leda armonía por las auras flota,
Casi la mar no altera su oleaje
Y en su espuma se baña la gaviota
Sacudiendo el magnífico plumaje.

Su grito melancólico devuelven
Como un gemido los asilos huecos,
Después mas lejos á lanzarlos vuelven
Hasta perderse en los remotos ecos.

La hora es llegada de los vagos sueños,
La hora es llegada en que el espacio puebla
De espíritus la tumba que halagüenos
Flotan en los vapores de la niebla.

La hora en que los heridos corazones
Sin fiebre de dolor laten despacio,
Gozando del crepúsculo los dones
Paz, auras, sombra, soledad, espacio.

Hora hermosa en que son goces del cielo
Orar, pensar, amar; hora en que leve
El pensamiento su atrevido vuelo
Hasta el trono de Dios llevar se atreve.

¿Cómo tu nombre negarán bendito,
Dios de mis padres, desdichados séres,
Si libro es la creacion en donde escrito
Se encuentra por do quier, ¡*Tú solo Eres!*

¿Qué voz resuena que mi oído halaga?¹
¿Que cual suspiro murmurante zumba
Triste y solemne, gemidora y vaga
Cual el eco lejano de una tumba?

Es la campana del lugar; sus notas
Sonidos hasta aquí mandan inciertos,
Voces percibo lánguidas, ignotas
Qué, ¡*acordaos, nos dicen, de los muertos!*

Venid y orad pues es voz funeraria
Con la que piden ¡ay! nuestros hermanos,

¹ La autora ha tomado algunas de las imágenes de esta composición del libro del P. Laménais, *Ecos de un calabozo*, por el cual ha sido inspirada.

De nuestro corazon una plegaria,
¡Una misera flor de nuestras manos!!

Envidiemos la paz de los que fueron,
No corra llanto en su sepulcro frio.
Ellós como nosotros combatieron
Y hoy en tus brazos duérmense ¡Dios mio!....

Volved, volved á mí los yertos ojos
Los que de Cristo reposais en brazos,
Voy por senda sin luz y en sus abrojos
Dejo, ¡ay de mí! del corazon pedazos.

Fijos en tanto en inmutable asiento
No suspirais en terrenal miseria
Voló al Señor el soplo de su aliento
Y á la tierra tornó la vil materia.

Fresca guirnalda de inmortales rosas
Coronas prestan á su antigua frente
Y sus formas envuelven vagarosas
En túnica de luz resplandeciente.

¿Por qué juzgáislo cómo sino adverso?
Morir es solo derrotar la muerte,
Cuando á la nada torne el Universo
Quedará rota su guadaña inerte.....

Vosotros mis hermanos ¡ay! un dia
De ese mundo explicádme los arcanos
Habládme de él, mostrad á el alma mia
Misterios que no son de los humanos.

Habládme de su autor; Dios justo y pio
Con grande amor amarte necesito
Solo tú llenar puedes el vacío
Que siento aquí en el alma, hondo, infinito.....

Monte, que riscos áridos levanta

Es nuestra vida aquí ¡sombras tranquilas!
Para no herir la dolorida planta
¡Con llanto los ablandan las pupilas!

Cuando en la tarde á la plegaria invita
El lejano esquilon con tardo vuelo
Y oremos con fervor, turba bendita,
¡Por nosotros pedid allá en cielo!

Elena G. AVELLANEDA.

CUADRO ICONOLÓGICO.

Explicacion.

LA INDUSTRIA.

Una mujer representa la industria: su vestido está bordado con riqueza y ejecutado por sus manos.

Admira el trabajo de las abejas, que la naturaleza le ha dado por modelo de laboriosidad. Está provista de todos los instrumentos que se emplean para las comodidades y necesidades de la sociedad. Los piés descalzos indican su antigua pobreza, de que se ha libertado por medio del trabajo. La estatua de Mercurio, dios del comercio, es el simbolo de prosperidad de los Estados en que reina la industria.

ENIGMA HISTÓRICO.

HISTORIA DE ALEMANIA: SIGLO XII.

Un emperador de Alemania, sitiando una villa de Baviera, permite á las mujeres que se lleven lo que mas estimen; así es que se las vé salir llevando cada una á su marido á cuestras.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
Turco, 11.